

"solapas", permiten, por otra parte, que la ficción, aun estando esfumada, se sostenga en pie, como un dibujo a pluma y aguada. El conflicto "novelístico" existe, pese a todo, y a mi juicio está en la sospecha que Solares deja crecer en el lector y que lleva en cierto modo a una modificación de la segunda frase inicial del texto. En donde dice: "Es como si mi miedo la llamara", casi se está diciendo: "Es como si mi deseo la llamara." Entonces, si se piensa que la repetición del pecado es cada vez un nuevo llamado al Hada de las Manos como Espuma, un nuevo deseo de la Aparición, toda la novela gira hasta mostrar una faz distinta, en otra luz.

José de la Colina



Freud, A Collection of Critical Essays,

de varios autores

Edición y prólogo de Richard Wollheim. Anchor Books, 1974.

Wittgenstein afirma que Freud es el creador de una poderosa mitología. Nos dice —en el primer ensayo de este libro— que probablemente el psicoanálisis es dañino. Para que el paciente pudiera llegar a descubrir verdades sobre sí mismo, tendría, en efecto, que ser capaz de ejercer "una crítica fuerte, aguda y persistente que le permitiera reconocer y ver a través de la mitología que se le ofrece o impone". Pero, sea esta crítica correcta o excesiva, lo cierto es que la mitología freudiana ha impregnado la cultura occidental. Concebimos y discutimos nuestra vida mental de una forma: nos vemos a nosotros mismos bajo la especie de Freud. Sin embargo, Freud que con tanto éxito ha ingresado a la consciencia general se parece poco, excepto en sus líneas generales al Freud de la realidad" (Wollheim).

Instalado este Freud falsificado en la consciencia general, y aceptada la institución del psicoanálisis en la sociedad, la filosofía crítica tenía que reaccionar de alguna manera. La extensa corriente filosófica que va desde el positivismo lógico hasta la filosofía analítica estaba condenada a tener un poco las ideas de Freud. La filosofía de la ciencia escomulgaba al psicoanálisis rebajándolo a la

categoría de pseudociencia, lugar donde compartiría con la astrología, el espiritismo y otros monstruos una incapacidad irremediable de satisfacer mínimas condiciones de científicidad. O, para decirlo de una vez, el psicoanálisis resultaba una actividad irracional, si es que no irracionalista. Bajo los auspicios de esta actitud filosófica, nació en psicología la lamentable escuela conductista, imitadora superficial de la ciencia, como dice Chomsky. Cuando no se llegaba a tales extremos, las doctrinas antimetafísicas imperantes impedían a estos filósofos el darse cuenta de la agudeza metafísica contenida en las páginas de Freud, lo mismo que la pertinencia de sus propios análisis filosóficos en psicología.

El libro de Wollheim es el resultado de un cambio diametral de actitud. Las exigencias originales de la filosofía de la ciencia se consideran ahora infundadas; los filósofos analíticos discuten problemas indiscutiblemente metafísicos sin ofrecer pretextos. En este contexto, el filósofo que se ocupe de la psicología estará dispuesta a aprender del psicoanálisis y ejercerá el análisis filosófico para esclarecer las teorías freudianas. El libro consta de 21 artículos precedidos por una introducción de Wollheim. La mayoría fueron escritos especialmente para la antología, que en este sentido es el comienzo y no la recapitulación de un programa filosófico.

Los artículos se proponen aclarar y discutir las ideas del Freud auténtico y versan sobre los temas más importantes de la teoría psicoanalítica: el contenido valorativo del psicoanálisis, su carácter explicativo, el problema de la comprobación de sus hipótesis genera-

les y de sus hipótesis particulares en la sesión psicoanalítica, la mala fe sarrtriana, los mecanismos de defensa y los diagramas de flujo, la racionalidad, la interpretación de los sueños, el Id y el proceso del pensamiento, etc. En esta nota no intentaré una visión panorámica de material tan vasto. Quizá sea más interesante ofrecer una versión esquemática de la metafísica de Freud utilizando para ello el artículo de Thomas Napel.

Hablar del hombre en un lenguaje antropomórfico (hablar del hombre como si fuera hombre) requiere justificación. Esta idea, que repugna al sentido común, resulta obvia, en cambio, si aceptamos el vago materialismo que prevalecía en el clima científico de la época en que comenzaron las investigaciones de Freud y que todavía impera. El hombre es un sistema físico, una compleja fábrica de partículas físicas elementales organizadas en átomos, moléculas, células, etc. Parece imposible hablar de su mente, de sus deseos, placeres, aversiones, creencias. ¿Puede un sistema físico odiar o dudar? Descartes había aceptado sin ninguna vacilación esta premisa: es imposible hablar de un sistema físico en términos mentalistas. El cuerpo se describe con un lenguaje que hable de objetos extendidos en el espacio y que se mueven en él. Al hablar de resentimientos, perdonos o inferencias estaríamos describiendo una entidad distinta, o nada. Descartes toma el primer camino y concluye la existencia del alma. Freud toma el segundo: el lenguaje mentalista es engañoso, el hombre descrito en términos antropomórficos es un hombre ilusorio. Si queremos hacer una psicología científica, tendremos que hablar en términos físicos, nuestro propósito será descri-

bir y explicar el funcionamiento del sistema nervioso central. Tal es el Freud anterior a 1895, tal es la empresa contenida en su "Proyecto para una psicología científica": la construcción de una psicología neurológica. Sin embargo, en ese año de 1895 Freud abandona su *Proyecto* apenas después de haberlo mandado a Fliess, y adopta el lenguaje mentalista.

Cuando Marie Bonaparte desenterró el manuscrito del *Proyecto* en 1937 Freud quiso destruirlo. Este hecho ha contribuido a que se exagere la magnitud del rompimiento entre el Freud neurológico especulativo y el Freud psicólogo mentalista. Con ello se ha perdido de vista la verdadera naturaleza de la transición. En realidad, el Freud neurológico ya especulaba con un ojo puesto en la descripción mentalista, y el Freud posterior "continuó convencido de que el aparato psíquico que investigaba y describía en términos mentalistas era un sistema físico aunque se conocía muy poca neurofisiología como para permitir que nadie pensara acerca de la psicología en términos físicos. Por eso Freud pensó que era necesario abandonar la línea de investigación representada por el *Proyecto*" (Nagel). Freud, efectivamente, desecha la premisa que compartía con Descartes e intenta mostrar cómo sería posible describir un sistema físico en términos antropomórficos.

Descartes había identificado los fenómenos mentales con los procesos y estados conscientes. La *res cogitans* era algo no físico, estaba constituida por todo aquello que estuviera presente ante la conciencia. Ningún proceso o estado inconsciente podría ser mental. Un contenido de la conciencia sin conciencia resultaba inconcebible. Pero Freud tuvo que enfrentarse con la limitación que esta idea implicaba. No puede construirse una ciencia psicológica completa que trate solamente de estados y procesos conscientes porque el campo estará plagado de lagunas causales que no podrán colmarse: el material consciente es fragmentario y asistemático. Nos encontramos en una situación semejante a la de quien considera un mosaico al que se le han caído la mayoría de las piezas: sólo con un esfuerzo de la imaginación creativa podría reconstruirse el dibujo original. Pero la metafísica cartesiana convertiría cualquier reconstrucción en una ficción: las piezas faltantes son estados o procesos inconscientes, es decir imposibles. El cuadro



es esencialmente incompleto. Pero dejar de completar los hiatos es renunciar a explicar los estados y procesos conscientes. El psicólogo dualista habría llegado a un callejón sin salida: Freud se apoya en su materialismo para escapar. El mosaico completo está compuesto por estados y procesos del sistema nervioso central, estados cuya existencia es independiente de que tengamos o no conciencia de ellos; el mosaico fragmentario del que partimos está constituido, por decirlo así, por las partes que vemos del mosaico fisiológico. El Freud del *Proyecto* piensa que si quiere lograrse una psicología completa, habrá que hacerla en términos fisiológicos. Al abandonarlo, da un paso más. No hay razón por la que debamos restringir la descripción antropomórfica a las piezas del mosaico fisiológico de las que somos conscientes. La conciencia es sólo una cualidad extra que tienen algunos fenómenos fisiológicos, pero tenemos un sólo mosaico, lo que parecía un mosaico más, el mosaico mental, no es sino la parte que vemos del sistema neurológico. El sistema psíquico es, en realidad, un sistema físico. "La hipótesis que hemos adoptado de un aparato psíquico extenso en el espacio (...) que da lugar a los fenómenos de la conciencia sólo en casos restringidos y bajo ciertas condiciones..." (Freud).

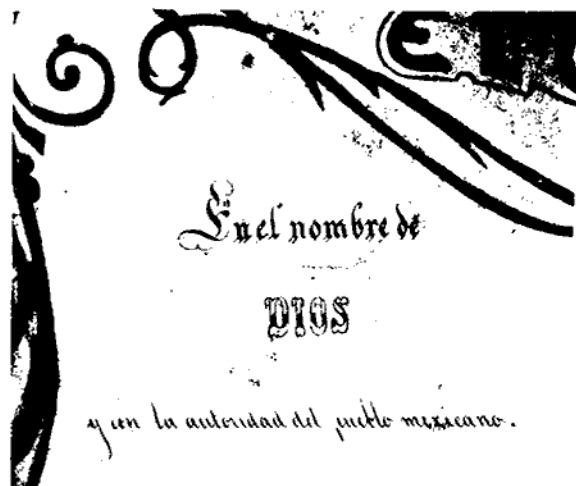
Freud compara la psicología con la física, quiere mostrar que las dos proceden de igual forma. Insiste en que la física hace hipótesis que trascienden

la percepción y tiene razón en pensar que lo mismo puede hacerse en psicología, pero quiere demostrar algo más, es decir, que la psicología puede usar el lenguaje antropomórfico: "Es como si dijéramos en física: 'si pudiéramos ver con suficiente claridad, encontraríamos que lo que parece un cuerpo sólido está hecho de partículas de tal y tal forma y tamaño, que ocupan tales y cuales posiciones relativas'... El resultado que el trabajo científico saca a la luz, a partir de nuestras percepciones sensoriales primarias, consistirá en una comprensión de las conexiones y relaciones de dependencia que están presentes en el mundo externo y que pueden reproducirse fielmente o reflejarse en el mundo interno del pensamiento, y cuyo conocimiento nos permite 'entender' algo del mundo exterior, prever lo que sucederá y posiblemente alterarlo. Nuestro procedimiento en psicoanálisis es muy similar. Hemos descubierto métodos técnicos para colmar las lagunas que se encuentran entre los fenómenos de nuestra conciencia, y usamos esos métodos exactamente como el físico usa los experimentos... Si, por ejemplo, decimos: 'En este momento intervino un recuerdo inconsciente', lo que esto significa es: 'En este momento ocurrió algo que somos completamente incapaces de concebir pero que, si hubiera entrado en nuestra conciencia, sólo se hubiera podido describir en tal y cual forma'".

Freud parece aquí confundir dos cosas: el que sea legítimo trascender la

percepción, cosa en la que tiene razón, y el que sea correcto describir lo que no percibimos en términos perceptuales. El ejemplo que ofrece, en el "visualizamos" un cuerpo compuesto de moléculas como si pudiéramos percibir las, pierde sentido al disminuir su magnitud. De esta forma Freud fracasa en su intento de probar que su descripción mentalista es objetiva, que tiene contenido físico. En efecto, el análisis del lenguaje antropomórfico, y la controversia actual muestran la complejidad del problema. Piénsese en la doctrina de la indeterminación de la traducción radical de Quine, que quiere probar que las afirmaciones hechas en lenguaje mentalista acerca de una persona no tiene contenido físico individualmente, aunque la descripción mentalista completa lo tendría. Esto significa que atribuir a un individuo un deseo particular, una creencia, una duda, no es atribuirle un estado neurofisiológico concreto. Al atribuirle un sistema psíquico, y una historia psíquica completos, en cambio sí se restringiría el número de sistemas neurológicos que podrían constituir a ese individuo. Davidson cree demostrar que sólo pueden identificarse sucesos individuales mentales con sucesos individuales corporales, sin que pueda haber leyes psicofísicas. Harman nos dice que una mente individual es un autómaton determinista, un cerebro que cumple con un "programa" y que el programa dará sentido al lenguaje antropomórfico. La discusión de cómo pueda ser la Piedra Roseta que nos permita traducir la mente al cuerpo tiene muchos vicisitudes. Tiene razón Nagel cuando escribe que "La teoría psicoanalítica deberá cambiar mucho, antes de que se le considere parte de la descripción física de la realidad. Tal vez, al igual que otras teorías mentalistas, nunca alcanzará el tipo de objetividad necesario para lograr ese fin. Hoy, como en 1896, es demasiado pronto para saberlo."

Hugo Margáin



Historia General de México,

de varios autores.

El Colegio de México, México, 1976, Tomo III, 371 pp.

Parece que la muerte sorprendió a Cosío Villegas justo cuando, después de agotar el pasado, se disponía a historiar el futuro. Su primera empresa histórica, la *Historia moderna de México*, le llevó 23 años, entrenamiento suficiente para que en 1971, confiara en el éxito de un verdadero consorcio de empresas históricas que entonces empezó a crear. Así, abrió sus puertas al público, la *Historia mínima de México*, que es, antes que nada, una obra piadosa: consciente y entiendo al atareado lector citadino y le proporciona una visión redonda de México, en una nuez y en un par de horas. Otra empresa histórica llegó a la televisión y sin pena ni gloria, plantó en más de un televidente la duda de si la historia de México era algo más que sus héroes de bronce. Una casa editorial comenzó a vender fascículos de nuestra historia en los puestos de periódicos: otra idea de Cosío. En fin, el trust se completó con una *Historia General de México* en cuatro tomos editados en el Colegio de México, de los cuales sólo resta por salir el último, y una *Historia contemporánea de México* (aún inédita) concebida con

el mismo aliento que impulsó a la *Moderna*.

La *Historia General* fue bautizada así por los motivos de su tema y de su proyectado público lector: cubre desde la llegada del hombre a las tierras que serían México, hasta la época actual, y está destinada al lector medio, de ninguna manera culto. El primer volumen alcanza hasta antes de la conquista; el segundo refiere la saga de ésta y la vida colonial; el tercero trata del México independiente hasta 1910 y el último abarca la era revolucionaria. La edición está muy bien cuidada y bonitamente ilustrada. Los autores muestran que en México, a falta de buenos científicos sociales, nunca ha faltado una planta completa de historiadores.

El tomo III fue preparado por cuatro especialistas. Comienza con "los primeros tropiezos" de la orgullosa nación independiente, que son narrados por Josefina Vázquez, con dos aciertos: primero, el de incorporar los sucesos nacionales al contexto internacional en el que se daban, con lo cual se logra una visión menos ingenua y más real de las verdaderas limitaciones del país; México nace en parte como una función de la política americana; el segundo consiste en tratar aspectos de vida económica, social y cultural, que para el lector medio son casi desconocidos debido al mito de que el país entero no era más que un campamento habitado por generales. Lilia Díaz se